

NATHALIA F. JARAMILLO

Es profesora en Kennesaw State University, estudió en Harvard University. Es una de las principales exponentes de la teoría crítica en América Latina y trabaja en la Universidad de Los Ángeles, Estados Unidos, apoyando a mujeres inmigrantes en sus procesos de empoderamiento y emancipación. Tiene poder en la palabra y su presencia en Aguascalientes y en La Cofradía, realizada en el Bachillerato Reyes Heróles, motivó la reflexión y el compromiso por la educación y la cultura. Ella se considera cofrade y desde el país vecino sigue las actividades del grupo literario.

Otro mundo es posible y necesario¹

Actualidad de la pedagogía crítica en América Latina

Nací en el norte de Los Ángeles, de un padre y una madre emigrante de Colombia, pero me formé en una familia muy trabajadora y tradicional en el sentido colombiano, así que mi lengua natal fue el español. No aprendí a hablar inglés hasta que tenía los seis años. Los mejores amigos de mi familia eran colombianos y también mis amigos, así que me desarrollé en una cultura con unas características y tradiciones muy colombianas. Fue hasta que ingresé a la escuela cuando comencé a integrarme a la vida estadounidense. Pero yo soy primeramente colombiana. Desde antes de cumplir un año, mi papá me llevó a Colombia a conocer a mi familia y estuve ahí como dos meses. Cuando regresé no reconocía a mi mamá. Eso marcó toda mi juventud. Yo viajaba a Colombia dos o tres meses cada año, siempre manteniendo esa conexión con América Latina, el lenguaje, las costumbres y más. Entender la formación de nuestra sociedad y nuestras culturas para las mujeres de mi familia fue muy importante. Cuando estaba en Colombia me pasaba el tiempo en la cocina con mi mamá y mis tías.

Hablo de esta historia porque tiene que ver con las teorías, los aportes, las preguntas. Lo que pienso y digo representa quién soy y cómo me formé como ser humana. Fue esa formación en Colombia y en Estados Unidos que me permitió reconocer en las mujeres de mi familia las condiciones del trabajo y la opresión de las mujeres en esa época. Vi cómo a mis tías no se les permitía ir a la escuela, no podían trabajar y se esperaba que ellas se dedicaran toda su vida a cuidar a sus padres y hermanos. ¡Así era! Eso, desde que fui muy joven me

1 Este texto fue producto de la entrevista a Nathalia Jaramillo, realizada en Radio UAA por Gabriela Méndez Parga y Gustavo Meza Medina, el 26 de noviembre de 2013, en el programa *Horizontes educativos* de la UPN, Unidad 011. Parte de esta entrevista se publica aquí.

impactó. En Estados Unidos me surgieron otras preguntas a partir de otras experiencias. Mi papá, por ejemplo, llegaba a la casa y hablaba de actos de discriminación en contra de él. Yo vi a mi mamá batallar mucho y trabajar muy fuerte.

Me mandaron a escuelas católicas y ahí también aprendí sobre cómo es el compromiso hacia el pueblo. Todo eso marcó la carrera que iba a tomar en la corriente crítica. Ahora estoy en Aguascalientes como una profesora de Nueva Zelanda que realiza estudios críticos en educación. Soy profesora. Eso para mí y para mi familia era algo novedoso. Mi hermano fue el primero de nuestra familia en ir a la universidad y graduarse en Derecho, pero en mi familia no se hablaba de la educación superior. Yo, una mujer, me gradué de Psicología en la Universidad de California Riverside, y después de eso me ofrecieron un trabajo como maestra en una escuela primaria de la misma ciudad. Ése fue mi primer trabajo y yo pensé: “¡Zas! Voy a ganar dinero, voy a tener independencia”. Iba a lograr todas esas cosas que para mí significaban ser mujer. Porque yo no quería vivir la vida que había visto en las mujeres de mi familia; yo quería la independencia, quería el poder de la voz, quería pensar, quería criticar, quería estar presente en la sociedad de una manera que pudiera tomar decisiones como mujer.

Enseñé en la primaria por casi tres años en Riverside, California. La escuela estaba ubicada en una población súper marginada en la periferia. La mayoría emigrantes de México y Centroamérica. El 80 por ciento de los alumnos en esa escuela hablaban el español como su primer idioma, tenían un alto nivel de pobreza y sufrían violencia. En el primer día en esa escuela, al abrir la puerta, había un folleto solicitando apoyo económico para uno de los jóvenes que había sido asesinado en esa comunidad. Era un lugar en conflicto, pero también una comunidad de mucha esperanza, era una escuela distinta. Esa experiencia me marcó mucho.

Era una escuela comunitaria. Uno entraba y encontraba servicios sociales para las familias, la oficina de la enfermera trataba las necesidades de la comunidad y la directora de la escuela era muy luchadora. Un año antes de que yo llegara, ella había exigido a las autoridades de la ciudad que cerraran una calle que separaba el edificio de la escuela con el área de recreo, porque en la noche allí se hacían transacciones de droga, de prostitución, etc. Entonces en el día, los chavalos de la escuela cruzaban esa calle y se encontraban todo lo que habían dejado la noche anterior. La directora batalló mucho, luchó para mejorar los servicios y las oportunidades de la comunidad. Eso para mí fue muy importante y formó aún más mi conciencia de lo que significaba ser una maestra.

Llegué a la Universidad de Harvard porque me enojé con mi novio y quería estar lo más lejos de California. Allí estudié las políticas internacionales de educación, porque me interesaba aprender de dónde salen las políticas, cómo se escriben, quiénes están tomando las decisiones, cómo se relacionan en un contexto internacional. Fueron de los mejores años de mi vida. El primer año que verdaderamente estuve sola, completamente sola, y me enfrenté a una institución que no era nada fácil. Me empecé a reconocer como una pensadora. Empecé a ver mis habilidades, mis contribuciones y conocí gente súper buena, gente que verdaderamente estaba pensando en los problemas actuales de la sociedad y que estaba utilizando la experiencia de Harvard para poder ser líderes y mejorar la sociedad.

Después conseguí un trabajo en Washington D. C., en una organización grande que representa a la comunidad latina en Estados Unidos, se llamaba el Consejo Nacional de la Raza, y yo trabajaba en asuntos de educación; no duré mucho tiempo porque no tenían la visión que yo quería. Conseguí otro trabajo en una organización que representaba a más de 50 distritos escolares, yo me encargaba de las políticas sobre emigración, lenguaje, pobreza. Con esa responsabilidad me relacionaba con

las comunidades que yo representaba para identificar necesidades y poder defender sus ideas. Yo iba a reuniones con congresistas, me metía a reuniones donde estaba el presidente del país. Era en el 2000 y 2001, cuando la reforma educativa en el país se estaba debatiendo. Y aprendí, aprendí del poder, aprendí del poder del capitalismo, aprendí del poder de los intereses privados para formar educación que no era educación para el pueblo, sino que también era educación para el militarismo del gobierno norteamericano. Las escuelas pobres reclutaban jóvenes para ir a la guerra en Irak y otros países.

Todo aquello me aportó y ahora he escrito sobre “decolonizar nuestros pensamientos”. Así surgió el primer libro que escribí con Peter McLaren, *La pedagogía y praxis en la era del imperio. Hacia un nuevo humanismo*. Escribí otro con Erik Malewski: *Epistemología de la ignorancia en educación*. En este libro hay varios autores que tratan temas del suicidio en los jóvenes y la manera en que las escuelas cierran los ojos a esta realidad. Hay otro sobre la epistemología indígena y la manera en que el currículum en Estados Unidos reproduce una epistemología de ignorancia.

El libro que traigo ahora se llama *La inmigración y el desafío de la educación*, que analiza el drama social del sur de Los Ángeles y que representa los siete años de mi involucramiento en esos lugares. La mayoría venía de México y Centroamérica y yo me dediqué a investigar la cultura de la escuela, lo que llamo una “cultura neocolonial”, a través de las experiencias que tuve con las madres de esa comunidad, específicamente con una madre que se llama María Lourdes Jiménez.

En el libro se narran situaciones como la siguiente: las mamás de los alumnos iban a trabajar gratuitamente a la escuela. En una mañana, ellas estaban poniendo estampas en libros que yo había comprado cuando se les arrima un maestro y le pareció muy curioso que las mujeres estuvieran agachadas en una especie de línea de trabajo. Y él dice: “Ajá... parecen burritas”,

y todas nos reímos. Eso para mí fue un principio de una historia mucho más larga, que luego referí como la pedagogía del burro, es decir, la pedagogía de la forma en que nuestras instituciones oprimen al pueblo a través de un discurso y una práctica que tiene sus raíces desde la conquista y la colonización de las Américas.

La educación es un acto político

Para mí, la educación es un acto político, retomo esa idea de la contribución de Paulo Freire, en la cual nos enseñó que cada acto educativo es un acto político; que aún los maestros, en el silencio, están tomando una posición política en el aula. Por ejemplo, si uno dice, “bueno, yo soy maestro, yo entro a una escuela no para politizar a los alumnos, simplemente para enseñarles técnicas o las capacidades para que tengan la oportunidad de encontrar empleo en la sociedad”, ése es un acto político, porque tiene que ver con un sistema, con políticas y leyes que han formado el ámbito educativo que ofrece y nos dicta qué tipo de conocimiento es válido en el aula, qué tipo de técnicas son válidas en el aula y qué tipo de disciplina se tiene que tener en el aula. Todo eso forma parte de una sociedad, y es en ese sentido que la educación siempre es un acto político.

Por esto, los problemas los tiene que resolver la gente que está involucrada en sus propias comunidades, desarrollando las preguntas, identificando las necesidades, dialogando con los alumnos y con la comunidad para implementar las capacidades necesarias en el desarrollo de una conciencia crítica que se transforme en actos críticos. Es decir, que la educación sirva para abrir nuestras mentes. Hay muchos problemas en la sociedad y la educación debe ayudar para desempeñar un papel que nos permita encontrarle una solución a todos los problemas a los cuales nos enfrentamos, a nutrir nuestras identidades, a la formación de nuestras subjetividades, pero eso

solamente se puede hacer en los contextos actuales en los que se encuentran los maestros.

Alguna gente percibe que una está llamando a un movimiento, a la formación de guerrilleros, pero no. Lo que yo quiero señalar es que cada ser humano tiene el derecho de ser humano, de ser activo y no pasivo en la educación. De mejorar sus capacidades, su creatividad, de desarrollar nuestras mentes en maneras que no es para asimilarnos al poder del Estado, al poder de una nación. La nación debe reflejarnos a nosotros, a quienes somos, y no debe ser a la inversa. Eso para mí significa una democracia verdadera, cuando el Estado refleje el pueblo.

Ahora tenemos países en América Latina que están construyendo alternativas dentro de los experimentos del neoliberalismo, y eso me motiva tanto y me da emoción. Ver nuestros países, a nuestra sangre, que no se va a hacer cómplice en la historia, en los sistemas dominantes, sino que somos testigos de una verdadera creatividad para tratar de encontrar solución a los problemas que hemos heredado históricamente. Somos conscientes de que otro mundo es posible y necesario, podemos crear un mundo mejor para las generaciones que nos van a seguir; un mundo en el que se cuide el medio ambiente, la naturaleza, para desarrollar nuevas economías. Si no empezamos a abrir nuestras mentes para encontrar soluciones significativas y mejorar nuestra sociedad, entonces, ¿a dónde vamos a llegar? ¿O nos quedamos en lo mismo?

El pensamiento decolonial

Para hablar del pensamiento decolonial, los referentes serán el sociólogo peruano Aníbal Quijano; Enrique Dussel, que es un filósofo de la teología de la liberación; Ramón Grosfoguel, sociólogo; y Catherine Walsh, ecuatoriana y exponente de la interculturalidad. Yo estoy retomando estas ideas y aplicándolas, dada mi formación en la pedagogía crítica. Para mí, el pensamiento decolonial es una manera de entender las estructuras

globales en las cuales vivimos, a través de un origen que tiene que ver con la conquista y la colonización de las Américas. Estamos hablando de un sistema económico, pero también epistemológico, un sistema racial de sexualidad, de género, de relaciones con el medio ambiente, religioso, espiritual. Como vemos, en Ecuador o Bolivia, en diferentes países de la región se están recuperando otros conceptos para que sirvan como una guía. No solamente para la práctica educativa, sino para la práctica de toda la sociedad, como el sentido del buen vivir.

No es una ruptura total con el saber actual, más bien es abrir el pensamiento y tomar en cuenta nuestras raíces e incorporarlo a todo lo nuevo que hay, pero como un pensamiento ya más propio, más libre, más auténtico, no impuesto por el capitalismo, por el eurocentrismo y por el racismo que tenemos sobre los conocimientos. Se trata de abrir los espacios para que esas voces que han sido silenciadas históricamente puedan surgir, puedan ser articuladas, puedan ser oídas. Es que el mundo se ve de una manera muy distinta cuando lo vemos desde el punto de vista de una población subalterna. Se revelan otros conocimientos que no se pueden ver desde la posición dominante. Y esto no solamente entre la filosofía decolonial. En este contexto, también me podría referir a un movimiento feminista particular que surgió en Estados Unidos con una visión teórica, que es concebida como ciencia, inclusive más objetiva de lo que existe ahora.

Entonces, creo que históricamente siempre ha habido grupos en diferentes partes del mundo que tratan de promover las teorías, las ideas y los conceptos más allá de lo que tenemos, debido a que hay problemas, situaciones sociales que tenemos que atender. Para que exista una verdadera democracia tenemos que reconocer que no todos somos iguales y nunca lo vamos a ser; por tanto, debe haber pluralidad en vez de universalidad.

Es necesario dar espacios a las voces silenciadas y poder crear nuevas teorías, desarrollar nuevos conceptos que verdaderamente reflejen la sociedad en la que vivimos, nues-

tras historias, identidades y contextos actuales. Para hacerlo hay que decolonizar y eso tiene que ver mucho con los diferentes contextos. Hay un libro escrito por una académica de Nueva Zelanda que se llama *A decolonizar las metodologías*, y es interesante la manera como ella critica las tendencias en la antropología y sociología, porque ven el mundo como algo independiente de nosotros. La alternativa es invertir la ciencia positivista, que trata la realidad como algo objetivo, en la que el investigador debe tomar distancia de su estudio y no debe tener una acción directa. Decolonizar la metodología significa romper con esos esquemas.

Las teorías decolonizadoras tendrán eco, desde Perú hasta Nueva Zelanda. Me he dado cuenta de que el mundo sí es muy grande, pero también tenemos experiencias muy similares porque estamos viviendo un momento global, en el cual el sistema económico transnacional lo identificamos como capitalismo neoliberal y eso nos marca de una manera muy profunda. Entonces, por mi propia formación, tengo fe y creo en nuestras comunidades. Yo amo a la gente y creo que cada ser humano tiene el derecho de vivir una vida digna. Ésa es mi ética. Si alguien me va a culpar o a criticar por tener esa posición, pues lo recibo con brazos abiertos porque no voy a cambiar de posición. Ésta es una parte de la transformación para construir juntos un mundo mejor, más justo, posible y necesario.

En esta tarea todos debemos involucrarnos, por eso agradezco a la Universidad Pedagógica de Aguascalientes por invitarme y al grupo de La Cofradía por compartir su entusiasmo por la literatura y darme la oportunidad de contagiarme de su valor. Gracias.

